

P. FRANCISCO PINTO

EL dichosísimo mártir y fervoroso predicador de Jesucristo P. Francisco Pinto, fué portugués y nació por los años de mil y quinientos y cincuenta y tres: sus padres vivieron en el Brasil en el lugar de Pernambuco.

Los vivos deseos que tenia de agradar á su Redentor le hicieron descontentarse del mundo, donde tan mal se hace, y entró en la Compañía de Jesus, para edificacion de los nuestros y conversion de numerosos pueblos y naciones. Dióse mucho á la oracion y trato familiar con Dios, teniendo aún en la tierra su conversacion en el cielo donde habia de entrar coronado, sin descuidarse por eso del celo de la casa del Señor, aprovechando á sus prójimos, de cuyo bien fué celosísimo, muy entendido en las costumbres y lenguas del Brasil, y parecia nacido para ganar las voluntades de aquellos bárbaros; tan celoso de extender la fe y de traer los hombres al conocimiento de su Criador y tan animoso en acometer los grandes peligros de esta empresa, que todo el Brasil con todos sus anchurosos términos no bastaba á ocupar aquella grande capacidad de su celoso pecho.

Siendo de veinte y ocho años cayó en la Bahía tan gravemente malo que desesperaron de su vida. Era entónces Provincial del Brasil el gran siervo de Dios y obrador de maravillas P. José de Anchieta: fué á visitar al enfermo, encontróle muy solícito y prevenido para morir; mandóle que descuidase entónces de la gloria que ya deseaba y se aprestase á trabajar por Dios. «No habeis de entrar, le dijo, con vuestras manos lavadas en el cielo, ni os espera género de muerte tan sosegada; grande jornada os queda que andar para llegar al cielo; yo en Pernambuco daré alegres nuevas de vuestra salud á vuestra madre y hermanos, y así levantaos luego, vestíos é id á la iglesia y delante del Santísimo Sacramento haced gracias á Dios de haber cobrado salud»: mandó que luego le diesen de vestir.

Obedeció el enfermo á las palabras del siervo de Dios, y luego menguó la fuerza de la enfermedad y cobró el cuerpo debilitado tantas fuerzas, que no volvió más al poder y cuidado del enfermero. Partió el P. José á Pernambuco, y el P. Pinto, trabajando gloriosamente en las ocupaciones de la Compañía con grande fruto de los gentiles y cristianos nuevos y grandes ejemplos de virtud, vivió no solamente hasta la muerte del P. José, mas dilató la vida hasta dejarla en las manos más crueles de los bárbaros.

Cinco veces entró valerosamente en los lugares más metidos del Brasil, y

rindió á las banderas de la Iglesia numerosos pueblos de bárbaros. Iba acompañado de algunos brasiles convertidos, con los cuales se metia por bosques no conocidos, por pantanos, por peñas, por ásperos yermos, como solícito cazador de las almas.

La mejor vitualla que llevaba, cuando la llevaba, era solamente un poco de harina de mandioca, y, en faltando esta, no comia más que de lo que los brasiles sus compañeros cazaban ó pescaban en los rios y lagunas que encontraban, porque así los bosques como los campos, en tanta soledad y falta de gente que los talen, crian multitud de fieras acomodadas al sustento, y los indios son diestros en tirar el arco y ejercitados en clavar las flechas, y tan acostumbrados á la pesca, que ninguna arte parece que deprenden mejor. Este mantenimiento, ganado á fuerza de bárbaros sólo para aquel dia, y aderezado con la comodidad que ofrecen aquellas peñas y árboles, sirviendo en vez de pan y de otros manjares, es el que aliviaba el cansancio y fatiga de los caminos del P. Pinto.

Las Cuaresmas sucedió pasar sólo con peces, muy pocos y muy chicos, Cuando llegaban adonde estaban los bárbaros gentiles, los brasiles sus compañeros trababan conversacion con sus naturales, y entre hombres de una misma nacion, con facilidad se hacian amigos, ganando á los infieles la voluntad con algunas dádivas: introduciase luego el P. Pinto y comenzaba á hablar de Dios, Criador de todas las cosas, del premio eterno de los buenos y castigo de los malos.

Estando ya más familiares, llegaba á tratar los principios de la fe cristiana, y poco á poco despertaba á aquellos bárbaros al amor de lo eterno y al respeto del Criador: y, para que le venerasen decentemente y atendiesen mejor á la salvacion de sus almas, procuraba apartarlos de aquella vida salvaje que tienen, mudando continuamente sus ranchos, reduciéndolos á policia humana en lugares. De esta manera habia reducido el P. Francisco Pinto en varias correrías muchos millares de almas á las costumbres cristianas y á los lugares poblados y marítimos.

Con el mismo cuidado emprendió con el P. Figuera la labor de un nuevo campo, al cual imaginaba fertilísimo, y en el cual dió fin á los trabajos de su apostolado, á donde fueron enviados de la manera que diré:

En la distancia que hay desde Pernambuco hasta la entrada que hace el gran rio de la Plata en el mar, region toda sujeta al imperio portugués, viven la tierra adentro esparcidas en espaciosísimos términos varias naciones, unas ya alumbradas con la luz de la fe, otras entónces no tratadas y conocidas apenas por la fama, y á quienes aún no habia llegado la voz del Evangelio.

Desearon mucho tiempo los Padres de la Compañía de Jesus labrar este

campo que pertenece á la cosecha y jurisdiccion del Brasil, aunque distante mucho de nuestros colegios, é interrumpido con gentes y tierras diferentes, conocidas unas, y otras desconocidas de los nuestros.

Este deseo y santo pensamiento, despues de muy mirado y encomendado á Dios, se vino á ejecutar, determinándose los Padres que se tentasen los ánimos de aquellos bárbaros, y que al principio con algunos instrumentos de hierro necesarios á la vida humana y algunos géneros de vestidos se procurase ganarles la voluntad y hacerlos amigos, porque estos bárbaros no usan oro ni dineros. Bárbaros en esto, no tanto por la condicion de la naturaleza humana, que conservada en su pureza pudo sin metales acuñados sustentarse, como por el estado en que la tiene la codicia de los hombres, que ya sin intereses de dinero no saben socorrerse unos á otros en las mayores necesidades.

Escogieron para esta empresa del colegio de Pernambuco dos fervorosos Sacerdotes, como lo pedia la dificultad de la empresa que habia de ser á costa de muchos trabajos. El primero fué el P. Francisco Pinto, de quien ahora tratamos, que con grande instancia pidió ser escogido para aquel riesgo y trabajo. El segundo el P. Luis de Figuera; era este Padre muy favorecido de la naturaleza y de la gracia con prendas aventajadas y adornado con muchas letras, que con igual fervor de espíritu pretendió y alcanzó acompañar en esta jornada al P. Pinto para comenzar debajo de tal capitán la milicia apostólica, porque ya el fervoroso P. Pinto estaba muy ejercitado en estas conquistas y trabajos.

Enviados, pues, del P. Provincial, P. Francisco Cardinio, y ayudados del gobernador del Brasil, Diego Botello, conjurados contra el poder del infierno, partieron los dos Padres de Pernambuco el año de 1607, en el mes de enero. Comenzaron su camino por mar y prosiguieronle por la costa septentrional ciento y veinte leguas: desembarcaron en un puerto que llaman Tagariba. De allí hicieron su camino por tierra y á pié, sustentados solamente en sus báculos y acompañados de un pequeño número de naturales, entre los cuales algunos eran de la misma gente, en cuya busca caminaban. Jamas se vieron caminos más ásperos pisados con pies humanos: todos estaban inundados de aguas y de lodo, de manera que con los pies desnudos y en invierno frio los anduvieron, metidos entre espesos bosques y pasos peligrosos.

Estaban tan cerradas las selvas y los montes tan ásperos y tan cubiertos con matas, que ni senda ni paso alguno descubrian; todo estaba tomado con espesos árboles, tanto, que ni pasar adelante ni echar un pié podian, sino es haciendo camino á fuerza de brazos, con hierro, trabajo necesario cada día para hacer sus jornadas, y en ellas padecian tanta necesidad de comida, que

muchas veces entretenian su hambre con solas yerbas que les ofrecian los campos.

Luchando un año entero con tantas dificultades, caminaron cien leguas de camino, abierto por sus brazos, ó por decir más propiamente, barrenado con hierro, y últimamente salieron á los montes de Ibiapaña.

Está este lugar cien leguas poco ménos más acá del rio Maraion, y no léjos de los bárbaros que buscaban, y para entrar á ellos se ofrecian solamente tres pasos, mas todos tres estaban defendidos de hombres bárbaros y crueles enemigos no sólo del nombre cristiano ó portugués, mas del nombre de hombres, como si fueran fieras silvestres; que no sólo á los forasteros que topaban en sus términos, mas á sus mismos vecinos trataban hostilmente. En fin, entre los bárbaros tapucas apénas hay otros que llegasen á la fiereza de estos.

Tentaron los Padres á los más vecinos por los indios sus compañeros con dádivas que ganasen su amistad; y alcanzasen licencia de pasar á los pueblos de adelante; pero no pudieron sacar respuesta de paz. Vinieron los embajadores á los bárbaros que guardan la segunda entrada, y procuraron tambien ablandarlos con dádivas, pero hicieron tan poco como con los primeros, y despedidos de ambas partes, volvieron sin efecto. Fueron últimamente á los terceros á probar si eran ménos ásperos que los pasados, mas fueron fieros sobre todos; porque en vez de respuesta dieron la muerte á los que les convidaban con dones, reservando solamente un mozo de diez y ocho años, que les guiase á buscar y á matar á los Padres; adelantándose en el ínterin los indios, dichosamente muertos, á sus capitanes y maestros, á recibir en el cielo la inmortal corona.

Pasó poco tiempo, y los Padres, dudosos, consultaban entre sí qué harian y por qué parte entrarían á abrir camino, cuando súbitamente, á 11 de enero de 1608, parecieron descolgándose de los montes muchos bárbaros. Acercándose á los Padres con flechas, provocaron á los indios sus compañeros, y con el mismo ímpetu llegaron á acometer la tienda en que el P. Pinto, mientras rezaba sus Horas, estaba recogido.

Salió el Padre al alboroto muy sosegado y procuró con palabras llenas de amor y benevolencia quietar los ánimos furiosos de los indios. De los brasiles cristianos cada uno se oponia al furor bárbaro, y todos á voces decian que aquel Padre era hombre santo, que habia venido solamente á enseñarles las verdades divinas y á guiarlos por el camino del cielo, y rogaban humildes que no le despojasen de la vida. Ellos, ardiendo en saña, respondian que no esperaban bien ninguno del Padre, y que habia de morir á sus manos. Luego mataron á un compañero de los Padres, que más valiente que otros,

defendía á su maestro, y á este tambien envió el Padre delante de sí á la patria y corona del cielo.

Finalmente, pocos indios cristianos, desarmados y mansos, no pudieron resistir mucho tiempo á la multitud de los bárbaros armados y coléricos que, acometiendo con bárbara fiereza al P. Francisco Pinto, descargaron sobre su cabeza un rollizo leño, y repitiendo muchas veces los golpes, le acabaron, quebráronle las mejillas, sacudieron fuera de sus lugares los ojos é hicieron menudos pedazos todo el casco de la cabeza.

No estaba léjos el otro Padre; mas un niño de su compañía, entre el ruido y alboroto, dijo á voces en lengua portuguesa: «Padre, Padre, guarda la vida, guarda la vida,» y el Padre se metió apresuradamente en los bosques, y aunque para matarle le buscaban, pero, guardado de la providencia del cielo, no le vieron.

Descuidados ya los bárbaros del Padre, descargaron contra la tienda la parte de cólera que les quedaba; robaron las pobres alhajas que los Padres tenían para decir Misa y para hacer algunos dones á aquella gente fiera. Contentos con victoria tan infame y con presa tan corta, volvieron á los suyos, y así tuvo lugar el P. Figuera de recoger sus pocos compañeros, esparcidos con el miedo de la muerte, y de llegar al lugar de aquel dichoso sacrificio.

Estaba tendido el cuerpo, quebrada la cabeza y desfigurada la cara, llena de sangre y lodo. Limpiáronla y laváronla, y compuesto el difunto en una red en vez de ataúd, conforme al uso de aquella gente, le dieron sepultura al pié de un monte; que no permitia entonces otro aparato mayor la apretura en que se hallaban.

Uno de los leños que llegó á quebrar aquella sagrada cabeza y dejaron los bárbaros bañado de la sangre del mártir, llevado á la Bahía para consuelo de nuestros religiosos, se guarda con mucha veneracion en aquel colegio.

De esta manera aquel varon fuerte y combatiente invencible, cuya palma honran con eternas alabanzas los ejércitos celestiales, dejó triunfante su túmulo á los ojos de Dios y de los espíritus bienaventurados, aunque desconocido en el suelo, sin nombre y sin decoro entre los pies de sus bárbaros homicidas. Mas esperamos en Dios que algun tiempo entre las asperezas y desiertos de esta region ha de esparcir sus rayos el sol de misericordia, y que la sangre de aquel fortísimo capitán y de pocos compañeros suyos, derramada en honra de Dios, ayudada despues con influencias celestiales, ha de dar abundantísima cosecha de almas. Este fué el fin del triunfo, que el P. José de Anchieta profetizó á este valeroso soldado del Señor.

La vida y martirio de este dichoso predicador de Cristo escribieron el

P. Sebastian Beretario y Estéban de Paternina, en el lib. 4.º de la *Vida del P. José de Anchieta*, cap. XI, el P. Pedro Iarrich, en el tercer tomo de su *Tesouro indico*, lib. 1.º, cap. LVI.

P. NIEREMBRG.

P. JUAN DE ALMEIDA,

POR OTRO NOMBRE JUAN MADA.

CON justo título dió Dios al justo renombre de flor entre las espinas, (*Cant. 2*), no sólo porque nace hermoso y fragante de la misma raíz y tronco que ellas nacen áridas, duras y feas, sino porque, como dice S. Bernardo, *Bern. ser in Cant.*, criándose y viviendo en medio de ellas, no la hieren, ni se deslustra, ni marchita su hermosura, ántes campea más á su vista y compañía. Todo lo cual se ve en el justo á quien Dios cria y escoge para flor fragante de su Iglesia, para hermosearla con él, y enriquecerla con sus grandes virtudes: naciendo en medio de las espinas de los vicios, conserva su lustre y hermosura, sin ser ofendido de ellos, ántes cuanto más acometido, más campea su candor, y más ostenta los grados de su fineza: de ello tenemos un vivo ejemplo en la vida del milagroso P. Juan de Almeida, el cual naciendo en medio de los zarzales y espinas de las herejías y vicios, se conservó en su pureza como flor plantada por la mano del Señor y escogida para el jardín de su Iglesia, dando mayores muestras de su valor y fineza, cuanto fueron mayores las guerras que padeció y las ocasiones que tuvo para perderla, como se verá en el discurso de su vida, que es la siguiente:

I

Su patria, padres, educacion y puericia.

Nació este señalado varon el año de mil y quinientos y setenta y dos en la ciudad de Lóndres, cabeza y córte de Inglaterra, la madre de sus herejías y la maestra de sus vicios.

Su padre fué católico y se llamó Juan Mada, cuyo nombre heredó su hijo, aunque despues le mudó, cuando entró en la Compañía, en el de Almeida, que